

Colloni, Stella

Los Años del Lobo: Operación Cóndor

Bs As, Ed. Surinvento, 1998

1

OPERACIÓN CÓNDOR. LOS AÑOS DE LA GUERRA SUCIA

En los años 70, en plena guerra sucia, un prisionero político escribió en un papel arrugado que alguien recogió y guardó en su memoria: estoy metido en una historia de espejos malditos. No puso firma. Era una víctima del llamado Operativo Cóndor y había pasado por las cámaras de tortura de por lo menos dos dictaduras. Un sobreviviente rescató aquella frase y la repetía siempre para referirse a los secretos terribles de una operación criminal que no reconoció fronteras ni límites. El túnel oscuro aún está. Por ese túnel oscuro caminaron miles de hombres, mujeres y niños, y en él desaparecieron. Fue un tiempo demasiado largo y cruel.

El entorno de esos años del lobo correspondía a una verdadera red de dictaduras en el Cono Sur y en América Latina. El general Alfredo Stroessner llevaba ya una década en el poder cuando los militares brasileños derrocaron al gobierno democrático y popular de João Goulart. La tradición del golpe tras golpe llevó a la dictadura de Hugo Banzer en 1971 en Bolivia. El golpe del general Augusto Pinochet, el 11 de septiembre de 1973 en Chile, terminó con el experimento socialista de un gobierno elegido democráticamente, derrocando al presidente Salvador Allende, que no se rindió y murió en la casa gubernamental destruida por los bombardeos. Ese mismo año, la prolongada democracia en Uruguay culminó cuando el presidente Juan María Bordaberry, aliado con los militares, cerró el Congreso y puso al país bajo dictadura. Tres años después, el 24 de marzo de 1976, una Junta militar, presidida por el general Jorge Rafael Videla, interrumpió, una vez más en Argentina, un gobierno civil. Desde los años

30 Argentina tuvo escasos períodos democráticos, todos interrumpidos por golpes militares. En este caso fue derrocado el gobierno de Isabel Martínez de Perón, viuda y heredera política—sin otra razón que haber sido la tercera esposa— del tres veces ex presidente de la república, Juan Domingo Perón. Bajo este gobierno ya había comenzado a actuar la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), una coordinación criminal con la dictadura de Pinochet en Chile.

La represión entonces ya no tuvo límites ni fronteras. En todos los casos, detrás aparece la mano de Washington y el esquema de la Teoría de Seguridad Nacional estadounidense, bajo cuyo diseño se produjo el genocidio regional, que ahora aparece en su verdadera dimensión.

Stroessner tenía entonces "buenos amigos" rodeándolo. Como consecuencia de las dictaduras, refugiados y exiliados políticos transcurrían por las fronteras. Después de los golpes en Chile y Uruguay muchos habían buscado refugio en Argentina, donde ya vivían miles de paraguayos que huyeron del régimen stroessnerista. Todos ellos quedaron atrapados bajo la dictadura argentina, que produjo unas 30 mil desapariciones forzadas. Los débiles espacios de exilio terminaron definitivamente y México, Panamá, Venezuela, Perú, Cuba, entre otros, y países de Europa y nórdicos debieron abrir sus puertas a millones de refugiados.

La cifra de asesinados-desaparecidos, sólo en el Cono Sur, superaría los 50 mil. En Centroamérica, Guatemala ostenta el doloroso récord: 200 mil personas muertas, la mayoría de ellas a manos del ejército, durante la guerra de 36 años que vivió ese país. La Comisión de Esclarecimiento Histórico, dirigida por el alemán Christian Tomuschat, dio a conocer un informe, en diciembre de 1996, en el que se documentan los violentos hechos que sucedieron en Guatemala. "Hemos registrado más de 42.000 víctimas de violaciones, entre éstas más de 29.000 fueron ejecutadas o desaparecidas". De acuerdo con el documento, el 93 por ciento de los hechos fue cometido por el ejército y agentes de seguridad del Estado, y añade que el gobierno de Estados Unidos a través de diferentes dependencias, incluyendo la CIA, apoyó a grupos operativos ilegales del Estado guatemalteco. Unas 440 aldeas indígenas fueron borradas del mapa durante la represión. Datos de organismos humanitarios de Guatemala sostienen que 60.000 personas fueron desaparecidas. Esto, después de que en 1954 fuera derrocado el gobierno popular del coronel Jacobo Arbenz Guzmán, mediante una invasión preparada por la CIA estadounidense, en combinación con la United Fruit, compañía frutera, cuyos intereses se atrevió a tocar el mandatario, democráticamente elegido. En El Salvador y Nicaragua las dictaduras, y luego las guerras, dejaron más de 150 mil muertos. Y podríamos continuar en una lista continental para recordar que la región fue víctima de un genocidio y que no pueden asentarse democra-

cias sólidas sobre la impunidad, que también fue impuesta como una continuidad de la misma doctrina ideologista, para proteger a los responsables intelectuales y materiales.

El descenso del Cono Sur al salvajismo tuvo sus raíces en una crisis geopolítica y política y en una ideología común, compartida por los gobiernos militares de la región. Estados Unidos cumplió un rol decisivo en los tres. La Guerra fría suministró el contexto global de un anticomunismo patológico. Y Estados Unidos proporcionó la instrucción militar e ideológica a sus aliados latinoamericanos. Las fuerzas armadas de la región—salvo escasas excepciones— fueron muy receptivas a estos planes y desarrollaron—previa instrucción desde el norte— una visión totalitaria con las terribles consecuencias que dejaron esos años del lobo.

Estados Unidos proporcionó inspiración, financiamiento y asistencia técnica a la represión y pudo haber plantado las semillas de la Operación Cóndor. La CIA promovió una mayor coordinación entre los servicios de inteligencia de la región. Un historiador estadounidense atribuye a un operativo de la CIA la organización de las primeras reuniones entre funcionarios de seguridad uruguayos y argentinos para discutir la vigilancia de los exiliados políticos. La CIA también actuó como intermediaria en las reuniones entre los dirigentes de los escuadrones de la muerte brasileños y los argentinos y uruguayos.¹

Pero Estados Unidos hizo más que organizar los encuentros. La división de servicios técnicos de la CIA suministró equipos de tortura eléctrica a brasileños y argentinos, y ofreció asesoramiento sobre el grado de shock que el cuerpo humano puede resistir.² Los agentes de seguridad latinoamericanos también recibieron entrenamiento de la CIA en cuanto a fabricación de bombas, en la sede de la oficina de Seguridad Pública del Departamento de Estado en Texas.³

El asesoramiento y la asistencia de Estados Unidos facilitaron la coordinación entre las agencias regionales de inteligencia. Esta cooperación hizo posible el intercambio de información y de prisioneros, incluso de asesinatos conjuntos. Un exiliado político podía ser secuestrado, tomado como rehén y llevado a través de las fronteras, torturado y desaparecido, sin ninguna autorización judicial. Paradójicamente el hecho de que la CIA dirigiera estas acciones puede haber alentado la creación de la Operación Cóndor. La administración del presidente demócrata James Carter resistió la decisión de la CIA de resolver todos los pedidos de inteligencia en América Latina. La cooperación de la CIA fue muy valiosa para todas las dictaduras militares desde el final de la Segunda Guerra Mundial, pero el gobierno de Carter comenzó a tener reservas ante los pedidos de colaboración después de muchos escándalos, fundamentalmente los sucedidos en Chile.⁴

El dictador Pinochet visitó Paraguay el 13 de mayo de 1974,

intentando profundizar la relación entre amigos, cuando estaba aislado y el presidente argentino Juan Domingo Perón repudiaba el golpe. Hacia Argentina habían llegado varios refugiados chilenos, entre ellos el general Carlos Prats y también de otras nacionalidades que habían logrado huir cuando Pinochet se hizo del poder y sembró la muerte.

Los discursos fueron muy elocuentes. Pinochet designó a Stroessner como "general Honoris Causa" del ejército chileno y le regaló una réplica del sable del libertador Bernardo O' Higgins. A su vez el anfitrión le entregó una medalla labrada en oro que recordaba al mariscal Francisco Solano López, y en la despedida en el aeropuerto de Asunción dijo refiriéndose a su visitante: "Es el líder que hizo brillar el acero de su espada para no permitir jamás el enseñoramiento de esta doctrina antinacional y anticristiana que es el comunismo ateo".⁵

Cuatro meses después el dictador paraguayo visitó Chile. Pocos días antes, el 14 de julio de 1974, mediante el decreto número 521, Pinochet había creado la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA),⁶ que reunía a los servicios de inteligencia de las tres armas, y puso al frente al general Manuel Contreras. La empresa criminal tomaba forma organizada. Así es que cuando atacado por la verborragia —que no era su fuerte— agradeció a Stroessner por su visita, Pinochet dijo: "Vuestra presencia reviste para los chilenos un hondo significado, porque sois el primer gobernante de una nación amiga que llega a nuestra tierra desde que Chile recuperó su libertad". Detrás de ambos dictadores se extendía la muerte. Cuando partió, Stroessner dijo: "Aquí en Chile nos hemos visto como un espejo". En el país que dejaba, los cadáveres de los asesinados pasaban flotando por los ríos y las salas de tormento no descansaban. Pero era cierto: Chile de Pinochet era el espejo del Paraguay de Stroessner.

Aquellos días fueron muy "útiles" para los jefes militares de ambos países que en poco tiempo pondrían en marcha las operaciones secretas.

El plan secreto abarcaría a Brasil, Argentina, Paraguay, Chile, Bolivia y Uruguay. Uno de los propósitos más concretos, dice el periodista argentino Rogelio García Lupo, era la "eliminación de los terroristas fugitivos y de los disidentes exiliados", tal como figura en sus documentos de trabajo.⁷

Los señores de la muerte habían hecho varios pactos. Por debajo, en tanto, funcionaba ya la coordinación represiva, que luego se concretaría en la llamada Operación Cóndor, código para aquella organización multinacional del crimen, cuyo origen estaba en las inmensas oficinas de la CIA y del FBI, en Estados Unidos.

El 25 de octubre de 1974 William Colby, siendo director de la CIA, declaró que "Estados Unidos tiene derecho a actuar ilegalmente en

cualquier región del mundo, acumular investigaciones en los demás países y hasta llevar a cabo operaciones tales como la intromisión en los asuntos internos chilenos".⁸ No es casual que Colby esté presente en este escenario cuando ya en 1966 ponía en práctica en Vietnam la llamada "Operación Phoenix" (Operación Fénix), que significó la creación de bandas paramilitares y terroristas, responsables de miles de asesinatos en distintos lugares de esa región.

"La aventura de Washington en Vietnam es conocida como 'la guerra sucia'. Pero sería más exacto llamarla terrorismo internacional sin precedentes, porque el papel rector en ella correspondía a los servicios secretos de Estados Unidos (...) la Inteligencia del Pentágono y la CIA. Ellos llevaban a cabo en Vietnam un amplio programa de operaciones secretas que incluía la violencia total, desde actos terroristas, subversión y sabotaje hasta el exterminio masivo de representantes de la oposición política en Vietnam del Sur."⁹ No es desmesurado tampoco recordar que en 1963 Colby había sido titular de la División lejano Oriente de la CIA, responsable de coordinar la producción de narcóticos en el Cono Sur en los inicios de los 60.¹⁰

Entre los hechos graves que el ensayista argentino G. Mardonez destaca como prueba del genocidio, mediante la guerra secreta estadounidense en el sudeste asiático con la participación de la CIA, se encuentra el golpe de Estado en Indonesia, cuyo resultado fue la destitución del presidente Sukarno y el "llamado programa Fénix".¹¹ Hay que recordar que este presidente había llevado adelante planes de desarrollo de corte nacionalista, tratando de mejorar el nivel de vida de millones de pobres. Entre sus medidas más importantes figura la nacionalización del petróleo (en manos de la angloholandesa Royal Dutch-Schell) en 1965. En octubre de ese mismo año, con la participación —plenamente aceptada hoy en día— de la CIA estadounidense y compañías transnacionales, se produjo un golpe liderado por Suharto, dejando como saldo un millón de muertos y más de 200 mil prisioneros políticos, sobre los cuales se experimentaron métodos de torturas que luego se aplicaron en nuestros países.

El programa Fénix continuó lo que se llamó la línea de "pacificación" de las aldeas survietnamitas, aplicada a partir de 1966 desde la sede de la CIA en Langley, bajo el control, precisamente, del entonces subdirector, William Colby. Para esta llamada "pacificación" se formaron grupos llamados "pelotones de exploración provincial", integrados por efectivos de unidades survietnamitas irregulares, los que realizaban operaciones punitivas en los poblados. En realidad estos pelotones eran "bandas ultraderechistas que estaban apoyadas por 44 centros de investigación provinciales (uno en cada provincia), "cuyo personal torturaba de manera sistemática a compatriotas sospechosos".¹²

William Colby consideró que esto era "insuficiente" y entonces trazó el llamado programa u "Operación Fénix (Phoenix)". En éste participaban los cuerpos policiales, los servicios de información y unidades militares survietnamitas y estadounidenses. En 1971 Colby reconoció ante la Comisión del Senado del Congreso de Estados Unidos, que mediante este programa se mató a 20.587 sospechosos. Y según el gobierno de Saigón, el número de muertos fue de 40.994. "Pero sea cual fuere la cifra real, nadie puede negar que 20 mil muertos es también genocidio. Además, el empleo en gran escala de napalm, fósforo blanco, granadas de fragmentación, lanzallamas y otras armas reglamentarias en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos y sus aliados survietnamitas contra la población civil, son asimismo actos de genocidio", como señala el escritor G. Mardonez en su libro: *La CIA sin máscara*.¹³

"El programa Fénix puede ser catalogado sin duda entre los casos de crueldad injustificada (como si hubiera algún caso de crueldad justificada, el subrayado es nuestro) (...) y Colby en persona está de acuerdo en eso. Pero semejantes fenómenos son característicos de todas las guerras en general y creemos que sería una injusticia escandalosa estigmatizar a Colby —como algunos intentan hacerlo ahora— de asesino de masas".¹⁴ Esto lo escribía la revista *Parade* cuando se comprobó que Colby era quien decidía las "cuotas mensuales obligatorias de exterminio de población civil" y se admitía la participación activa de unidades estadounidenses en el crimen.

En el otro extremo de la situación, la revista estadounidense *Counter Spy*, publicó un artículo severamente crítico de los "trabajos sucios" de la CIA y un pequeño reportaje a un soldado norteamericano. Se le preguntó a éste si al "interrogar a los prisioneros arrestados en Vietnam se les imponían torturas con empleo del teléfono de campaña".

"Respuesta: Sí, practiqué este método en varios casos. Lo hacían también todos los que se dedicaban a los interrogatorios en Vietnam."¹⁵

De los 18 testimonios que mencionó la revista, hay varios referidos a los interrogatorios usados por los soldados estadounidenses. Además de la descripción de los tormentos se analizaron las otras participaciones de la CIA. Una característica peculiar del modo de operar de este organismo consistía en la "cooperación estrecha con las fuerzas represivas internas locales, lo que permitía realizar acciones tales como: escuchas telefónicas, censura de correspondencia, el intercambio de listas de las personas que viajaran al extranjero, listas de huéspedes de los hoteles (...) esta cooperación es importante para la CIA en la realización de otras operaciones como incursiones, arrestos y torturas a fin de obtener información".¹⁶

Cuando Colby se presentó ante el Congreso, en las Audiencias del senado, que fueron publicadas en el libro *Los expedientes de la CIA*,¹⁷

sostuvo por una parte que sus acciones tenían el visto bueno del gobierno de Estados Unidos, del Presidente del país, del Consejo de Seguridad nacional y además que el Congreso estaba informado de esto.

Más adelante dijo que "yo personalmente no he matado a nadie" (risas de los presentes). "El programa Fénix era parte del programa general de 'pacificación', realizado por el gobierno de Vietnam, que incluía también otros varios componentes como la creación de las fuerzas de seguridad locales para defender las aldeas o la distribución de armas entre los voluntarios de los grupos de autodefensa, lo que, en mi opinión, era un paso audaz que es poco probable que se hayan atrevido a dar los gobiernos de muchos países...". Y continuó con el mismo cinismo: "En más de dos años y medio de realización del programa Fénix, fueron capturadas 29 mil personas, convertidas en traidores, 17 mil, y muertas 20 mil 500. El 87 por ciento de las muertes fue ocasionado por unidades regulares y paramilitares y sólo el 13 por ciento por la policía y servicios análogos. (...) El programa Fénix preconizaba la detención por cuanto respetamos la vida humana (otra vez risas). Además, se sabe que el hombre viviente puede dar información y un cadáver no".¹⁸

Esta misma operación fue la que se desarrolló luego en Chile, donde se concentró el mayor comando de la CIA para los años 70, después del derrocamiento de Salvador Allende. "La operación subversiva más importante de la CIA fue sin duda su participación activa en la organización y realización del golpe militar fascista en Chile." Allí se aplicó todo aquello que Colby consideraba "lo más avanzado", en materia de operaciones secretas y criminales.

Lo cierto es que en 1974 comenzó la ronda más "espectacular" de la muerte, por la trascendencia política de las víctimas. El 30 de septiembre de 1974, el general chileno Carlos Prats, quien había sido ministro de Defensa de Allende, entre otros cargos, y estaba asilado en Argentina, fue asesinado junto a su esposa Sofía Cuthbert en Buenos Aires. Una bomba estalló debajo de su automóvil cuando regresaba de una reunión con amigos. Fue una señal temible.

El 19 de diciembre de 1974 fue asesinado en París, Francia, el coronel uruguayo Ramón Trabal, quien no se mostró dispuesto a participar en lo más oscuro de la represión en su país. El crimen quiso ser atribuido a una venganza de la izquierda, pero en junio de 1975, el periodista británico Richard Gott, escribía en *The Guardian* de Londres que no se pudo encontrar en París ninguna noticia, ni siquiera insinuación, de que los asesinos pertenecieran a la izquierda. "Las sospechas caían sobre el gobierno uruguayo y la CIA." Trabal había confesado a Gott sus simpatías por el movimiento de los militares de izquierda en Portugal y por los sectores

progresistas de su país.¹⁹ Pero ya había un informe del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos de septiembre, que advertía sobre esta situación. La desclasificación de documentos, precedidos por denuncias concretas de investigadores y periodistas (que analizaremos más adelante), demuestran hasta qué grado llegó este involucramiento estadounidense en Chile, mediante el gobierno y grandes empresas, para derrocar a Salvador Allende.

La dictadura chilena y sus socios extendieron la persecución a los opositores, lo que incluso llegó a Washington y Europa. "Su originalidad consistió en que eran utilizados personal y conexiones de la CIA, si bien con un control atenuado de la misma."²⁰ Era, en realidad, una operación encubierta de la CIA, que luego le provocaría serias contradicciones con los militares y policías latinoamericanos que intervinieron en la misma y, hoy por hoy, deben asumir solos esa responsabilidad.

"Operación Cóndor, significa 'continentalización' de la criminalidad política. Es decir, difusión en todo el continente de las acciones terroristas que se manejan desde Washington. (...) 'El cóndor' en este caso, cumple la función de ave de rapiña. La colaboración entre los servicios secretos de las dictaduras latinoamericanas dio a luz a esta ave de rapiña. En un principio colaboraban entre sí sólo algunos regímenes dictatoriales, hoy se habla ya de una organización general para todo el hemisferio occidental, que actúa bajo la égida de la CIA. Esta organización puede vanagloriarse de haber sabido preparar y llevar a cabo los crímenes políticos más horribles de nuestra época en América Latina y aun en Estados Unidos, como lo prueba el asesinato de Orlando Letelier, ex ministro de Defensa y embajador de Chile en Washington" del gobierno de Allende, sostenía el político y escritor Volodia Teitelboim, en el prólogo del libro de Valentín Mahskin.

Teitelboim atribuía a Pinochet ser el "cabecilla" latinoamericano del Cóndor y señalaba entonces "con la ayuda del Cóndor, los dictadores espían a los emigrados políticos latinoamericanos, los persiguen y los matan".²¹

Esto se sustentaría en los años 96 y 97 cuando el ex poderoso jefe de la inteligencia chilena, general Manuel Contreras, acusó directamente a la CIA, y de esta manera al ex presidente George Bush, que la dirigió en su momento, por el asesinato de Letelier.

A mediados de 1976 los crímenes de Prats, Tralal, y el intento de asesinato de Bernardo Leighton y su esposa, Anita Fresno, (1975) en Roma, Italia, así como de otros políticos, y los relatos atroces que llegaban desde el Cono Sur, despertaron la inquietud de periodistas e investigadores. El mencionado periodista británico Richard Gott publicó un trabajo en *The Guardian* de Londres, el 4 de junio de 1976,²² donde calificó a la represión

coordinada como algo similar a la llamada Operación Phoenix (Operación Fénix) ideada por la CIA para eliminar donde fuera necesario a los patriotas que resistieran a la guerra estadounidense en Vietnam. Se hablaba de que "hombres con capacidad para inspirar y unir a la nación en una campaña de resistencia contra las fuerzas de ocupación, son eliminados uno por uno". Gott responsabilizó a Washington señalando que el entonces secretario de Estado, Henry Kissinger "debía saber" (quién es el responsable).²³

Pero en realidad fue el asesinato de Orlando Letelier en el llamado "barrio de las embajadas" en Washington, en septiembre de 1976, lo que puso en evidencia las piezas de la Operación Cóndor. Una bomba colocada —como se demostraría luego— por un grupo operativo en el que participaban Michael Townley (ex agente de la CIA), enviados especiales de la dictadura chilena y terroristas cubanos anticastristas, asesinó a Letelier y su ayudante Ronni Moffit. El marido de Ronni, Michael Moffit que viajaba en el asiento de atrás sobrevivió y horrorizado comenzó a dar vueltas alrededor del coche gritando: "Lo hicieron los hijos de puta de los fascistas chilenos".²⁴

Aunque Moffit tenía razón, los obstáculos puestos a la investigación hicieron que se tardara años hasta llevar a Townley y los cubanos de Miami ante la Corte, pero el papel de estos cubanos, como veremos más adelante, fue también clave en otros crímenes regionales.

En el juicio por el asesinato de Letelier y Moffit, resultaron además inculpados el director de la DINA, Manuel Contreras, y dos de sus oficiales de inteligencia. Aunque la dictadura siempre lo negó, en 1991 cuando fue sustituido en Chile el régimen militar por una democracia altamente vigilada, esto fue tan evidente que se juzgó finalmente a Contreras y el general Pedro Espinoza, quienes en 1996 fueron a una cárcel de lujo, un edificio construido especialmente para estos casos. Más adelante veremos cómo Contreras comenzó a hablar al sentirse el "chivo expiatorio" de la red de criminales.

Después del crimen de Letelier aparecieron las primeras informaciones precisas sobre esta siniestra Operación. El agente especial del FBI, coronel Robert Scherrer, quien estuvo en varias sedes diplomáticas estadounidenses, pero en esos años en la Argentina, informó a sus jefes en un cable enviado el 28 de septiembre de 1976 sobre la Operación Cóndor: "Este es el nombre en código para la recolección, intercambio y almacenamiento de información de inteligencia sobre los llamados izquierdistas, comunistas o marxistas, que se estableció hace poco entre los servicios de inteligencia de América del Sur que cooperan entre sí para eliminar de la zona las actividades terroristas-marxistas. Además la Operación Cóndor propicia operaciones conjuntas contra objetivos terroristas en los países miembros para llevar a cabo represalias que llegan al asesinato contra

supuestos terroristas o sus apoyos y soportes, o a perseguirlos en las naciones miembros de la Operación Cóndor".²⁵ De acuerdo con el esquema informado por Scherrer las fases comprendían: la "ubicación del objetivo", es decir un "terrorista"; (por supuesto en sus definiciones, pero en realidad se hablaba de disidentes políticos) o "vigilancia" a quienes apoyaban a los grupos que estaban en contra de los gobiernos —dictaduras— de los países miembros del Cóndor. Unos grupos hacían "inteligencia" y "ubicación del blanco" y otros "ejecutaban" la "acción directa contra el objetivo". Grupos especiales emitirían la documentación falsa necesaria de los países miembros de la Operación Cóndor.²⁶

Precisamente la firma de Scherrer figuraba en varias de las cartas enviadas tanto a Pastor Coronel, el jefe de la Policía política de Stroessner, como al siniestro director de la Policía Técnica, Antonio Campos Alum, hoy prófugo y, según algunos informes, amparado por los Cóndores que sobreviven en la impunidad. El informe de Scherrer está dirigido al director del FBI y describe cómo nace y cuál es el desarrollo de Cóndor. Consideraba que los tres países más activos fueron Chile, Argentina y Uruguay. Y también sostenía que los equipos de la muerte pueden estar formados por miembros de uno o varios países del grupo cuando van a ejecutar "al blanco". El destino principal en Europa era Francia y Portugal. En ese informe no descarta que el asesinato de Letelier fuera parte del Cóndor.

Un informe del Comité de Relaciones del Senado de Estados Unidos en 1979, fundamentado en los archivos de la CIA, explicaba que "la Operación tenía tres fases: y que fue planeada en 1974, después del asesinato de un embajador de Bolivia en París, de un funcionario chileno en Medio Oriente y de un agregado uruguayo (Trabal) en París. Cóndor planeó una operación destinada a asesinar a tres izquierdistas en Europa, uno de ellos el famoso 'Carlos', el Chacal (recientemente capturado), de nombre Ilich Ramírez Sánchez (venezolano). La conjura se malogró, después que la CIA advirtiera a los países donde probablemente se produjeran los asesinatos, que eran Francia y Portugal, quienes a su vez habrían advertido a los posibles objetivos. La operación se suspendió y su existencia fue negada".²⁷

Ese mismo día *The Washington Post* mencionaba una fuente anónima de la CIA, que aseguraba una contribución clara al éxito francés en la captura de Carlos, que fue "rastreado por cuatro continentes" durante 20 años, ayudando a estrechar el cerco y negándole refugios seguros.²⁸

El 2 de agosto de 1979, precisamente el periodista estadounidense Jack Anderson escribió un artículo sobre esta siniestra Operación que se desarrollaba en Sudamérica bajo el nombre de "Cóndor: los criminales de

América del Sur" en *The Washington Post*, donde ya trazaba un esquema de esta "corporación internacional de la muerte", como la llamó. Sostuvo entonces que "las policías secretas de por lo menos seis regímenes militares sudamericanos llevan a cabo una operación secreta conjunta cuyo objetivo es el asesinato de los enemigos comunes en los países extranjeros" y que esta organización que "tiene su estado mayor en Chile", actúa bajo el nombre de "Operación Cóndor", lo que evoca al ave de rapiña de los Andes (que también está en el escudo chileno). Refirió Anderson que para su investigación utilizó informes ultrasecretos y mencionó precisamente el de la Comisión de Asuntos Extranjeros del Senado de su país, y el informe de Scherrer.²⁹

Con el crimen de Letelier, el brazo largo del Cóndor había llegado a las puertas de la Casa Blanca, lo cual desencadenó una serie de investigaciones periodísticas, como las realizadas por Saúl Landau y John Dinges, quienes incluso publicaron el informe de Scherrer en el libro *Asesinato en el barrio de las Embajadas* (1980), donde relatan los pasos dados para asesinar a Letelier: ¿Qué hubiera sucedido si el documento enviado por Scherrer en septiembre de 1976 a sus superiores del FBI se hubiera publicado en ese mismo año? ¿Cuántas de las víctimas se hubieran salvado? Nada de esta información se hizo pública en el momento, aunque hubo suficientes elementos para mostrar cómo esta Operación continuaba y había suficientes pruebas, pero eran muy raras las que surgían a la luz pública, salvo las que se originaron en el caso Letelier.³⁰ A fines de los años 80, cuando las dictaduras fueron cayendo, había quizás demasiado temor o cansancio de la muerte y en pocos lugares se realizaron investigaciones a fondo. Los regímenes surgidos eran muy débiles, y en todo caso se abocaron a indagar en lo estrictamente local. Sin embargo, el Cóndor continuaba su vuelo y se extendían esos lazos en los crímenes cometidos en los años 80 en América Central y en otros hechos en el Cono Sur.

En febrero de 1980 el periódico estadounidense *Sunday News Journal* dijo que la CIA ayudó a ocultarse a los cubanos responsables del asesinato de Letelier —Virgilio Paz, José Dionisio Suárez, Alvin Ross y los hermanos Novo—, algunos de los cuales fueron involucrados en 1989 en el asesinato del arzobispo de El Salvador, monseñor Oscar Arnulfo Romero, ejecutado en marzo de 1980, cuando celebraba una misa en una iglesia de la capital salvadoreña. La conexión de estos crímenes con otros que se atribuyen a los mismos grupos y la presencia de los criminales de este tiempo en Centroamérica a fines del 70 y en la década del 80, estará referida más adelante.

Valentín Mahskin en su libro sobre el Operativo Cóndor, menciona que en el otoño de 1981 el diario español *Pueblo* publicó que existían

sospechas sobre la participación de Cóndor en las catástrofes aéreas que en 1981 costaron la vida al general Omar Torrijos en Panamá y a Jaime Roldós, presidente de Ecuador, en su país. Asimismo *Unidad*, periódico del Partido Comunista de Perú, sostuvo que podía tratarse de un asesinato, el accidente aéreo que también costó la vida al general Luis Hoyos, jefe del Estado Mayor del Ejército y el último de los participantes en la "revolución peruana" progresista de 1968, y que había logrado conservar influencia en Perú.³¹

En el *Documento de Santa Fe I*, que diseñó una nueva política interamericana para la década de 1980, en la Introducción del llamado Grupo de Santa Fe, que trazó planes temibles de política exterior, donde se consideraba prácticamente "marxista" o "complaciente" al presidente demócrata James Carter, los halcones de Estados Unidos mencionaban que "Panamá se encuentra bajo el control de un régimen militar de izquierda, el cual, según informes de la CIA, fue el intermediario en la transferencia de armas cubanas y de Estados Unidos a los sandinistas para la toma del poder por los marxistas en Nicaragua, en julio de 1979" y continuaba su visión casi apocalíptica del avance del "marxismo" en la región.³² En la Propuesta número I se hablaba también de que "La Doctrina Roldós (que lleva el nombre del presidente de Ecuador, Jaime Roldós Aguilera) debe ser condenada". Torrijos y Roldós fueron considerados molestos para los nuevos planes de la ultraderecha estadounidense. Ambos murieron en sendos "accidentes" aéreos en 1981. El general Hoyos había sido mencionado como un "conspicuo comunista". El Cóndor no reconocía límites y siguió siendo un azote en la década de los 80.

En un libro publicado en 1989, la médica paraguaya Gladys Mellinger de Sannemann, una de las víctimas sobrevivientes de esta operación criminal, unió detalles de todo lo que se había escrito en torno a un tema que ella conocía tan de cerca y relató cómo había sido su paso desolado por los pasadizos de Cóndor: "Nací en Encarnación, en el extremo sur de Paraguay, sobre el río Paraná turbulento, a cuyo cauce me abracé desesperadamente en esos interminables años de exilio, aun cuando había sido tirada a la otra orilla, 'al otro lado del Tíber', como dirían los antiguos romanos, para quienes el ostracismo significaba, igual que para nosotros hoy en día, la negación de los derechos humanos", escribió Mellinger de Sannemann al presentar su libro, que describía la larga tragedia de su país.

Pero esencialmente ella quería hablar de la Operación Cóndor y para esto se documentó y registró que aquella internacional de la muerte había funcionado como una siniestra máquina de relojería.

"Estoy convencida de que existió ese pacto o convenio político-militar, Doctrina de la Seguridad Nacional Occidental y cristiana (política denomi-

nada 'democracia sin comunismo'), que comenzó e imperó en la década de los 70 entre los regímenes militares del Cono Sur en especial, y Latinoamérica toda; y podrá aparecer nuevamente (...) por esa forma de represión castrense y policial un ciudadano podía ser: muerto, desaparecido, preso, estar bajo vigilancia de la policía del lugar o de su país (residencia, teléfono, correspondencias, visitas, etc.), obligado a renunciar a sus actividades políticas, ser secuestrado y enviado a su país de origen a pedido de las fuerzas represivas requirentes. Esta represión terrorista gubernamental 'antisubversiva' tuvo como víctimas a todos los luchadores por la vigencia del estado de derecho en su país, a los opositores políticos, a destacadas personalidades progresistas, sociales, a estudiantes, profesionales, sindicalistas, obreros, sacerdotes, laicos, universitarios, investigadores e incluso algunos no activistas (...) ¿fui víctima de la Operación Cóndor? También a esta pregunta puedo contestar afirmativamente que sí, que fui dañada por el citado convenio, estoy segura de ello porque mi caso es uno de los conocidos y documentados, entre tantos otros desconocidos; o conocidos y no documentados."³³

Esta valiente mujer no descansó nunca en su exilio, y denunció su situación, lo que estaban viviendo los prisioneros de la dictadura stroessnerista y la existencia de una Operación siniestra que ella ya entonces conocía como "Operativo Cóndor". Había compartido cárcel y campos de concentración con detenidos de distintas nacionalidades, prisioneros de la dictadura.

Notas

1. A. J. Langguth, *Hilden Terrors New York*, Pantheon, Nueva York, 1978, pág. 251.
2. *Ibid.*, pág. 123.
3. *Ibid.*, págs. 124-142-242.
4. Rogelio García Lupo, *El Paraguay de Stroessner*, Ediciones B, Serie Reporter, Buenos Aires, 1989, pág. 149.
5. *Ibid.*, pág. 148.
6. Valentín Mahskin, *Operación Cóndor, su rastro sangriento*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1985, págs. 13-14-15.
7. García Lupo, *op. cit.*, 4, pág. 149.
8. Mahskin, *op. cit.*, 6, pág. 8.
9. *CIA y Terrorismo Internacional*, Editorial Progreso, Moscú, 1985, pág. 104.
10. Jorge Ubertalli, "Informe Terrorismo y Narcotráfico: el doble juego de los Estados Unidos". Conferencia sobre Terrorismo en Mar del Plata, Argentina, 1998.
11. G. Mardonez, *La CIA sin máscara*, Ediciones Martí, La Habana, Cuba, 1979, págs. 95-96.

12. *Ibid.*, pág. 96.
 13. *Ibid.*, págs. 96-97.
 14. *Revista Parade*, Estados Unidos, 1974, 21 de julio, pág. 6.
 15. *Counter Spy*, 1976, Estados Unidos, vol. 3, Nº 2, pág. 61.
 16. *CIA y Terrorismo Internacional*, *op. cit.*, 9, pág. 108.
 17. *The CIA File*, R. L. Borosage and J. Marks (comps.), Nueva York, 1976, pág. 190.
 18. *Ibid.*, pág. 190.
 19. Mahskin, *op. cit.*, pág. 77.
 20. García Lupo, *op. cit.*, pág. 149.
 21. Mahskin, *op. cit.*, págs. 8-9.
 22. Richard Gott, "Shots and Plots", *The Guardian*, Londres, 1976, págs. 17-18.
 23. Mahskin, pág. 20.
 24. *Ibid.*, pág. 52.
 25. Cable enviado al FBI por el agente especial Robert Scherrer el 28 de septiembre de 1976, Stella Calloni, *Covert Action*, otoño 1994, pág. 57.
 26. *Ibid.*, pág. 58.
 27. Jack Anderson y Michael Binstein: "Cómo la CIA salvó a Carlos, el Chacal", *Washington Post*, 22 de agosto de 1994, pág. 12.
 28. *Ibid.*, pág. 12.
 29. Jack Anderson, "Condor: South American Assassins", *Washington Post*, agosto 2, 1979, pág. 9.
 30. Véase la Cámara de Representantes de Estados Unidos en: Derechos humanos en Uruguay y Paraguay. Audiencia ante el subcomité sobre organizaciones internacionales del Comité sobre Relaciones Internacionales, del 17 de junio al 4 de agosto de 1976.
 31. Mahskin, *op. cit.*, pág. 23.
 32. *Documento de Santa Fe I*, Ediciones Estudios 78, Montevideo, 1981.
 33. Gladys Mellinger de Sannemann, *Paraguay en el operativo Cóndor*, RP Ediciones, Asunción, 1989, págs. 13-14-15.

2

LOS ARCHIVOS DEL HORROR

En diciembre de 1992, Martín Almada y Gladys Mellinger de Sannemann estaban ya de regreso en su país y un suceso, no casual precisamente, los llevaría a reencontrarse con el pasado, pero también a demostrar todo aquello que durante años fue la obsesión de sus vidas.

Asunción del Paraguay es la capital más centroamericana del Cono Sur. El verde intenso sale de entre las casas, inunda las calles, como el olor de los jazmines. En los mercados de artesanías indígenas, en las plazas, en el antiguo puerto, las voces de los vendedores suenan como un coro. Edificada en las riberas del Río Paraguay, que semeja un mar de aguas marrones, en las calles de esta ciudad se huele la selva cercana, la voluptuosidad de la Amazonia, la misma humedad tibia y el calor sofocante. Curiosamente, aunque se respira la vida, como en Managua, Nicaragua, también se vivencia un tiempo de muerte. Ella está debajo de los pies. Paraguay registra una de las historias más ricas del continente, pero es un país condenado al silencio y al olvido.

En la segunda mitad del siglo pasado fue un territorio arrasado por los ejércitos de Brasil, Argentina y Uruguay, cuyos gobiernos actuaron en favor de intereses extranjeros a la región. Prácticamente no quedaron hombres en el país. Los últimos defensores de Paraguay fueron niños disfrazados de hombres. En los años 30 de este siglo, el país fue llevado a una guerra, devastadora e infinitamente cruel, contra Bolivia. Una guerra entre ejércitos destálzos por los intereses de compañías petroleras extranjeras que operaban en la zona.

Desde 1954, los mismos intereses hundieron a Paraguay en una dictadura larga y cruenta de 35 años. El pueblo paraguayo tiene todas esas

cicatrices, si uno lo mira a fondo, pero escapa con esa alegría de las resistencias en el coraje de la sobrevivencia, en su música, en sus artesanías de colores vivos, en el "sapucay" (el grito de alegría o de rebeldía). Es el único país donde un idioma indígena, el guaraní, es tan oficial como el español y más, es el idioma real.

Aunque el 2 de febrero de 1989 un golpe militar (también movido por una necesidad coyuntural de los intereses que dominan) derrocó al anciano tirano Alfredo Stroessner, el temor sobrevive. Cambiar algo para que nada cambie no mata los miedos que siguen teniendo su razón de ser.

Pero fue algo movilizador como hecho histórico. Nadie olvida ese 2 de febrero, cuando el país amaneció con una pequeña guerra (como es todo golpe de Estado), esta vez entre "amigos". Stroessner fue al exilio dorado en Brasil, con sus crímenes a cuestas. Comenzaron a regresar los exiliados, algunos después de 30 o 40 años. Y se hurgó en el pasado en busca de verdad y justicia.

El 22 de diciembre de 1992, más de tres años después, hubo otra mañana donde los acontecimientos fueron impactantes. Se habló de un "segundo golpe". No era con armas, sino con la voluntad ciega de un hombre que había sido víctima de la dictadura y que no quiso ni quiere olvidar. Por él y por los otros.

Al promediar esa mañana del 22 de diciembre, un grupo de personas llegó al barrio de Lambaré en los suburbios de Asunción. Uno de ellos era un juez de sólo 29 años: José Agustín Fernández. Lo acompañaban dos secretarios de su juzgado y el profesor, pedagogo y abogado Martín Almada —ex prisionero político de la dictadura de Stroessner— y su actual esposa Stella de Almada.

En los alrededores estaban apostados por lo menos dos periodistas y fotógrafos. Habían sido informados que se iba a producir el allanamiento pero se les había pedido absoluta discreción. Nadie podía saber ni el momento ni la hora exacta porque el factor sorpresa era indispensable. El grupo llegó hasta una casa, una construcción relativamente nueva, sede del departamento de Producciones de la Policía de la Capital. Los custodios del lugar, y su jefe, el comisario principal Ismael Aguilera, intentaron impedir el allanamiento judicial.¹

El juez recurrió a la amenaza de ingresar por la fuerza, apoyado por vecinos del lugar. Ya en esos momentos, alertados por los periodistas, llegaron medios de prensa, cámaras de televisión, el diputado Francisco de Vargas, del Partido Liberal Radical Auténtico (PLRA), presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Parlamento y familiares de ex detenidos y desaparecidos que habían escuchado la novedad por radio. El allanamiento y hallazgo de los papeles de la dictadura se convirtió así en la noticia del año.

Como si alguien guiara sus pasos, el juez se dirigió hacia una habitación interior. El magistrado jugaba una partida fuerte. Estaba dando curso a una denuncia sobre el traslado a esa sede policial de una buena parte de los Archivos de la dictadura de Stroessner. El juez sabía que podía encontrarse también ante el abismo, ante la nada. Pero los datos precisos eran que allí estaban los papeles secretos que la tiranía había acumulado durante 35 años de terror.

"Cuando la puerta se abrió y vimos las toneladas de papeles, sentimos que toda la lucha por descubrir la verdad había logrado su objetivo. Allí estaban los famosos archivos de la dictadura, la historia de casi 40 años de poder y terror increíbles", decía Martín Almada en aquellos días.²

"En el momento en que vi aquella montaña de papeles que yo había imaginado en mis sueños de justicia no pude contenerme y lloré de emoción. Un asustado policía nos llevó hacia otra habitación donde se encontraron también algunos archivos de la famosa Policía Técnica y luego pudimos desenterrar, a unos 60 metros de este local de Lambaré, una bolsa de documentos de paraguayos, argentinos, brasileños, las identificaciones de personas desaparecidas que estaban ocultas en esas bolsas de plástico, bajo la tierra, para protegerlas de la humedad", recordó Almada.

El 25 de abril de 1989, Almada había iniciado una querrela criminal contra el ex dictador Alfredo Stroessner; Sabino Montanaro, ex ministro del Interior; Pastor Milciades Coronel, jefe del departamento de Investigaciones de la Policía, y varios torturadores del régimen. La acusación se basaba en la muerte, por torturas psicológicas, de su esposa Celestina Pérez de Almada y por su propio secuestro, privación ilegítima de la libertad y saqueo de bienes personales. El 13 de julio el juez Cristóbal Cáceres Frutos admitió la querrela de Almada por supuesto homicidio y torturas psicológicas. A partir de entonces sus abogados recurrieron a todos los elementos y testimonios, incluyendo los de prelados de la Iglesia Católica, para continuar con el juicio. Un año y medio después la causa judicial logró la sentencia del juez en lo criminal Félix Silva Monges, declarando a Alfredo Stroessner y Sabino O. Montanaro, "reos rebeldes y contumaces", disponiendo la captura de los mismos. Se había logrado el procesamiento de Stroessner, que después se complementaría con pedidos de extradición y juicios que se realizaron gracias a las pruebas que aparecieron en los archivos.

Almada se vio favorecido con un artículo de la Nueva Constitución Nacional (julio 1992), uno de cuyos párrafos dice: "(...) el genocidio y la tortura así como la desaparición forzosa de personas, el secuestro y homicidio por razones políticas, son imprescriptibles".³

Con este nuevo elemento, el 12 de septiembre de 1992, patrocinado por los abogados del Comité de Iglesias, solicitó judicialmente su hábeas

data, un recurso jurídico establecido en el Artículo 135 de la Constitución nueva. Se solicitó a la Policía de la capital paraguaya el prontuario (registro) de Almada entre noviembre de 1974 y septiembre de 1977, período en que fue mantenido en cárceles, comisarías y el campo de concentración de Emboscada. El 1 de diciembre de 1992, el juez en lo criminal del Tercer Turno, José Fernández, reiteró el pedido al Jefe de Policía y lo intimó a remitir la copia legitimada de todo lo actuado en el archivo policial sobre este caso.

Obsesionado por lo que había vivido y los crímenes de los que fue testigo durante su prisión, Almada había seguido la trayectoria de varios de sus torturadores a través de la *Revista de la Policía de la Capital* que le enviaban amigos al exilio, primero en Panamá y luego en París, Francia. También anotaba los cambios, los nuevos profesores que adiestraban a los policías, así como los edificios que se construyeron en los últimos años. "Investigué desde el número 275 de septiembre y octubre de 1973, hasta el número 379 de la misma revista en septiembre-octubre de 1992. Fueron 15 años de investigación científica que me permitieron anotar por lo menos cinco lugares donde podían estar los archivos. En los últimos tiempos antes de su descubrimiento me enteré de que en uno de estos lugares, en Lambaré, había habido un movimiento y se habían trasladado montañas de papeles. Ahí comenzó otra historia."⁴

El 7 de diciembre de 1992, la jefatura de Policía de la capital respondió al juez que "en los archivos de este departamento no existe ningún expediente con relación al señor Martín Almada, ni referente a su detención entre los meses de noviembre de 1974 y setiembre de 1977. Los mismos —dice la nota— habrían desaparecido durante los acontecimientos del 2 y 3 de febrero de 1989", fecha en que se produjo el golpe militar y el derrocamiento de Stroessner.

Ante esta respuesta, Almada y sus abogados exigieron el 18 de diciembre el allanamiento del archivo policial y la investigación de las responsabilidades de los jefes policiales. Y así llegaron hasta ese "inolvidable" 22 de diciembre, cuando el juez Fernández decidió el allanamiento del edificio de Lambaré. "En ese momento se terminó la noche para mí (...) lloré, sin poder contenerme. Allí estaban las grabaciones de mis propios gritos cuando me torturaban y que le hicieron escuchar a mi esposa Celestina, quien murió del corazón al no poder resistir aquella tortura psicológica. En esa montaña de papeles estaba la historia real de casi 40 años donde el pueblo paraguayo fue sometido y chantajeado por Stroessner y es algo de lo que se tardará en salir, como se tarda en salir de los años de sombra y terror", recordó Almada.⁵

Finalmente la obstinación de un hombre desesperado por el pasado y

la injusticia había logrado llegar a la verdad. Nunca se supuso que esa verdad abriría la posibilidad de reconstruir no sólo la historia del crimen en Paraguay, y los entretelones alienantes de una dictadura feroz y primitiva, sino también la historia de las coordinaciones de asesinos en el Cono Sur y la asesoría y apoyo de los Estados Unidos en esos "años del lobo" en la región.

En un lugar céntrico, en el palacio de Justicia, hay dos oficinas que en poco tiempo concentraron la atención de periodistas, abogados, familiares de detenidos desaparecidos. Allí fueron trasladados los archivos en esos primeros días del temible reencuentro con el pasado reciente. En esas oficinas se acumulan miles de documentos que constituyen el primer "archivo del horror" encontrado en América Latina: cuatro toneladas de papeles donde está escrita la historia de una dictadura de larga data y de impunidades cómplices. Y también los documentos suficientes para reconstruir parte de la tragedia que vivió el continente en las últimas décadas. Asunción fue evidentemente un centro en las "guerras sucias" y de Baja Intensidad (GBI) libradas por Estados Unidos en el marco del conflicto este-oeste.

Al entrar en aquellas oficinas de Asunción era inevitable una sensación sobrecogedora ante el olor lejano de esos papeles amarillentos, que tenían connotaciones de horror y de muerte. Allí estaba la historia real, no "oficial", de las dictaduras, de aquellas noches donde el lobo devoró a su presa. Eran las memorias del crimen, escritas por los victimarios. En algunos casos son cartas e informes de hombres claves dirigidos a Stroessner. En otros —escritos con lenguaje primitivo— los miles y miles de datos sobre espionaje de personas, realizados por una red que abarcaba manzana por manzana trabajando para la dictadura. El haber guardado los archivos demuestra el grado de disciplina férrea a que estaban sometidos los subordinados del régimen y también la percepción de la impunidad. Nadie pensó en destruir estos papeles. La idea de que la impunidad también es efímera estaba muy lejos de ese escribiente de las sombras que simplemente dejaba asentados los sucesos de su guardia diurna y nocturna o de los jerarcas que escribían sus informes fríos y detallados. Nunca imaginaron que en cada frase concreta y formal alguien podría leer algún día el testimonio del crimen. Los periodistas paraguayos le llamaron "los Archivos del Horror" o los "Archivos del Terror", que se convirtieron en una clave para descifrar la historia reciente de la región.

En esos papeles se detallaba el destino de miles de desaparecidos, secuestrados, asesinados en prisión, así como el entrecruzamiento de datos y prisioneros entre las dictaduras de los años 70. A través de diversos documentos y cartas aparecía por primera vez documentada la llamada

Operación Cóndor o Plan Cóndor, una conspiración asesina entre servicios de seguridad de Argentina, Chile, Brasil, Paraguay, Uruguay y Bolivia, destinada a rastrear y eliminar adversarios políticos sin cuidarse de las fronteras o los límites. El esbozo de ese plan pudo ser completado con la aparición de los Archivos del Horror.

Otro descubrimiento similar llevó hasta la temible Policía Técnica (contraparte del Buró de Investigaciones -FBI- de Estados Unidos).

Los documentos encontrados correspondían a archivos, correspondencia, libros de entradas y salidas de prisioneros, control de fronteras, cartas e informes entre los dictadores, los jefes militares y de seguridad de los países de la región, fotografías, cassettes, videos, fichas de "colaboradores especiales", datos de agentes especiales, correspondencia directa entre Pastor Coronel y Alfredo Stroessner, entre otros.

Al revolver aquellos papeles también se encontraban informes que mostraban cómo cada funcionario del régimen stroessnerista era vigilado, el sistema de "control cruzado" de datos de los que se consideraban "enemigos políticos" de la región, lista de "empaquetados" como se llamaba en Paraguay a los asesinados en las salas de tormento y manuales de procedimientos o de instrucciones de interrogatorios de Estados Unidos y otros países. En suma, la memoria del horror.

El descubrimiento de Lambaré llevó también a realizar excavaciones, en la dramática búsqueda de los desaparecidos. Así encontraron un "cementerio" de documentos. Los primeros dos, que llegaron a manos de Almada, fueron los de Oscar Eladio Medina e Irene Grassi, ambos paraguayos, desaparecidos en Argentina y evidentemente entregados a su país. En este momento también se estaba accediendo a una parte, mínima, quizás, pero reveladora, de la Operación Cóndor. Además de las anotaciones de los detenidos desde 1954 en Paraguay, los archivos contienen datos de actividades sindicales, políticas, culturales, grabaciones, transcripción de conversaciones telefónicas, casos especiales como el prontuario y muerte de Anastasio Somoza, espionaje contra allegados al propio Stroessner y hasta valijas diplomáticas con informes de embajadas acreditadas allí, que nunca llegaron a destino.

Aquellos días fueron febriles, una verdadera revolución en Paraguay, donde los periódicos publicaban día por día las fotocopias de documentos. Organismos humanitarios, abogados y periodistas paraguayos se apresuraron a fotocopiar aquellos documentos. No hubo la respuesta que se esperaba a nivel mundial para preservar los archivos. Sólo un ofrecimiento de la estadounidense Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), que precisamente estaba involucrada por el envío de asesores policiales y militares, como se verá más adelante. A partir de allí Almada diseñó

propuestas para proteger los archivos como Patrimonio histórico y conformar un Museo de la Memoria. A instancias del abogado se creó en Paraguay el 7 de enero de 1993, la "Comisión por los Derechos Humanos y el Nunca Más al terrorismo de Estado".

Pero lamentablemente hubo una deserción mundial. No se visualizó la importancia de los documentos encontrados y los mismos intereses que posibilitaron el crimen, se encargaron de minimizar el valor documental del hallazgo. Los archivos adquirieron su importancia real cuando el juez español Baltasar Garzón abrió el juicio contra el genocidio militar en el Cono Sur, en 1996. Pero ya algunos documentos habían desaparecido y otros -como los militares- sustraídos al interés público.

El archivo contiene unos 700 mil folios referidos al accionar de la dictadura de Stroessner; 740 libros encuadernados y clasificados con un sistema de números y letras; 115 libros de Novedades de Guardia; 181 archivadores y 204 contenedores de cartón, donde se agrupan informes y documentos de diverso origen; 574 carpetas con información sobre partidos políticos, sindicatos, mapas, controles, etc.; 8.369 fichas de detenidos en el Departamento de Investigaciones, Sección Técnica y Departamento Judicial. También hay casi dos mil cédulas de identidad y pasaportes, no menos de diez mil fotografías de detenidos, actos políticos, acontecimientos familiares, seguimientos, etc. A éstos se agrega una biblioteca que contiene los libros y revistas requisados en los allanamientos; 543 cassettes con grabaciones de paneles, conferencias, homilias, discursos, programas radiales y de "escuchas". Y también existen unos 28 libros de registros de nombres, antecedentes, prontuarios, listas de dirigentes obreros, y otros, de la época anterior a Stroessner.⁶ Es muy extenso lo que aún está en proceso de clasificación. Pero ya el hallazgo produjo una movilidad continental e incluso puede haber llevado a Washington a desclasificar alguna documentación, especialmente relacionada con la Operación Cóndor, en que Paraguay tuvo una función estratégica, como una central de la CIA que fue.

Notas

1. Entrevista de la autora con Martín Almada, febrero de 1993, Asunción.
2. *Ibid.*
3. Martín Almada, *Paraguay: La cárcel olvidada, el país exiliado*, Imprenta Salesiana, Asunción, 1993, pág. 207.
4. Entrevista de la autora con Martín Almada.
5. *Ibid.*
6. *El Archivo del terror*, cuadernillo de información del Centro de Documentación y Archivo para la defensa de los Derechos Humanos, Palacio de Justicia, Asunción, Paraguay.

3

ANTECEDENTES DE LA OPERACIÓN CÓNDOR

El descubrimiento de los "Archivos del Horror" permitió —como en un maldito juego de ajedrez de la muerte— cruzar algunos informes, tener a mano documentos oficiales de las reuniones entre los militares, comprender el papel especial cumplido por el gobierno dictatorial de Paraguay y acceder a la certificación de la asesoría del Buró Federal de Investigaciones (FBI) y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de Estados Unidos. Paraguay fue una de las bases de operaciones por excelencia y esto explica la gran cantidad de funcionarios norteamericanos en una nación pequeña y encerrada en el corazón de América, y esa construcción de verdadera fortaleza que es la Embajada estadounidense en Asunción. Ya en 1973 se conoció que el dinero para financiar la huelga de los camioneros chilenos contra el presidente Salvador Allende vino precisamente del Paraguay, de la central de la CIA en ese país. Luego también el asesinato del ex ministro Letelier en Washington, mereció una investigación que llevó hacia el mayor del ejército chileno, Armando Fernández Lario y Michael Townley, norteamericano que "había" trabajado en la CIA. Ellos entraron en Washington con documentos falsos entregados por Paraguay. La unidad entre Paraguay y Chile estaba bien ajustada. Para estudiar los antecedentes de Cóndor es inevitable referirse a lo actuado por Estados Unidos contra el gobierno de Salvador Allende en Chile y a la intervención de Stroessner en esto.

Aunque la acción estadounidense en contra del gobierno de Allende fue denunciada por periodistas y políticos desde 1970, y especialmente después del golpe militar de 1973, en la primera semana de septiembre de 1998, una selección de cables liberados en los Archivos de Seguridad Nacional de Estados Unidos demostró la turbia conspiración estadounidense.

Edward Korry, embajador de Washington en Santiago de Chile, comunicaba a su gobierno (8 de septiembre de 1970) que era muy difícil que se diera un golpe en Chile ya que "las fuerzas armadas chilenas no tienen estómago para la violencia que puede ser resultado de su intervención". En ese tiempo elaboró varios documentos. El 11 de septiembre de 1970 explicaba que sentía "un olor a cementerio en Chile, el vapor de una democracia en descomposición. Apesta como apestaba Checoslovaquia en 1948 y es igualmente enfermante".¹

Washington no necesitó más y el 15 de ese mismo mes, el director de la CIA, Richard Helms, escribió: "Una chance en diez de salvar a Chile (...) pero vale la pena (...) sin temer los riesgos (...) dejar la embajada afuera" y proponía entregar "para comenzar, 10 millones de dólares y más, si es necesario" para alentar la desestabilización. Esto se había decidido después de una reunión con el presidente Richard Nixon y el secretario de Estado, Henry Kissinger. Sus órdenes eran bien claras: había que "hacer gritar a la economía" en un plan de acción de 48 horas.²

Había comenzado la historia de una de las más siniestras desestabilizaciones en una larga lista de este tipo de acciones que, en lo que va del siglo, permitió al escritor y periodista argentino Gregorio Selser escribir una cronología de más de mil páginas sobre intervenciones estadounidenses en la región.

Sólo un día después de la reunión Nixon-Helms-Kissinger y de la virtual declaración de la "guerra sucia", William Broe, director de la División Hemisferio Occidental de la agencia, enviaba nota de la oficialización del tema: "El presidente Nixon ha decidido que el gobierno de Allende no es aceptable para Estados Unidos. El presidente ordenó a la Agencia (CIA) impedir que asuma el poder o desestabilizarlo. El presidente autorizó diez millones de dólares para este propósito. La agencia no debe reportar a los departamentos de Estado o de Defensa. El director (de la CIA) se reunirá directamente con Kissinger".³

Es decir, el mismo hombre que en estos días dicta conferencias sobre negocios y democracia en toda América Latina, tenía en sus manos el seguimiento y control de lo que fue uno de los golpes militares más criminales de la región. De acuerdo con la serie de desclasificados, el 11 de octubre de 1970, la central de la CIA en Langley confirmaba a su oficina en Santiago "que las armas, ametralladoras y municiones habían sido enviadas por el canal normal", pero se enfrentaba con "un realista" de la propia "compañía", Henry Heckscher, quien no veía posible que se realizara un golpe para impedir el ascenso de Allende.

A pesar de esto la CIA envió el 16 de octubre (1970) un cable muy conciso: "Es política firme y establecida de esta administración que Allende

debe ser derrocado por un golpe militar". En ese tiempo el Paraguay de Stroessner era una buena base para el envío de dinero, agentes y armas. "La CIA entregaba a los conspiradores chilenos millones de dólares para el trabajo de zapa, poniendo a su disposición agentes como Harry Schlaudemann, Danile Arabak, John Tipton y Kate Willock. Los monopolios norteamericanos también donaron dinero a los conspiradores", como señala el periodista Valentín Mahskin.⁴

En noviembre de 1998 se conocieron más archivos desclasificados en Washington: una serie de 20 documentos, donde figuran completos los cables enviados por el embajador Edward Korry a su gobierno. "El primer esbozo del complot contra el gobierno de Allende fue bautizado con el nombre en código de *Proyecto Fulbert*. Y como se señaló, la primera reunión fue precedida por Richard Helms, entonces director de la CIA."⁵

"Los documentos (...) prueban además que la diplomacia de Estados Unidos estaba enterada en detalle de la represión que comenzó a ejecutar el régimen de Augusto Pinochet, tras el golpe del 11 de setiembre."⁶ Muchos de los documentos estaban censurados, como sucede con todos los desclasificados en Estados Unidos. Especialmente se trataría de ocultar la complicidad de Estados Unidos en el crimen de Letelier (aunque ya se sabe lo suficiente) y también con la desaparición de los norteamericanos Frank Teruggi y Frank Horman durante los primeros tiempos de la dictadura chilena.

El *Proyecto Fulbert* quedó bajo la jefatura de Thomas Karamessines, director de Planes de la CIA, para preparar un plan de 48 horas destinado al Consejero de Seguridad, Henry Kissinger, y cumplir la orden de Nixon de evitar que llegara Allende al poder o destrinarlo.

El 15 de octubre de 1970 se hablaba de promover un golpe militar "mediante una operación que ahora se llama 'Track II' y resume una conversación entre Kissinger, su adjunto, el general Alexander Haig, y Karamessines", donde se mencionaba que el general Roberto Viaux Marambio se encargaría de propiciar el golpe desde adentro.⁷ Kissinger, ante la imposibilidad de este plan, ordenó a la CIA continuar con su trabajo clandestino en Chile.

El 3 de noviembre de 1970, cuando asumió Allende, la CIA enumeró sus esfuerzos para prevenir la ratificación parlamentaria del presidente electo, así como sus planes de golpe, y ya se describe cómo será el 'grupo de Tareas' operativo encargado de armar el golpe: "Consiste en cuatro funcionarios de la CIA con la apariencia, el lenguaje y la experiencia como para mantener la ficción de varias nacionalidades extranjeras. Fueron llamados de sus puestos en el exterior a Washington, informados e insertados individualmente en Chile".⁸

En un párrafo censurado se enumeran las tareas desplegadas ante Eduardo Frei (padre) para apoyar un golpe que evitaría que Allende tomara el poder el 3 de noviembre. No se sabe hasta dónde avanzó esto.

"También la diplomacia estadounidense estaba advertida que el general René Schneider, como jefe del ejército impediría un compromiso golpista de la Institución. Aunque algunos oficiales estaban predispuestos a tomar acción, sentían que el ejército era central para un golpe y que mientras Scheneider fuera el jefe del arma no podía contarse con el ejército." Si algo faltara para corroborar esta documentación desclasificada, el periódico *Clarín* de Buenos Aires hizo referencia al libro *Mis Memorias*, que Henry Kissinger escribió en 1979, donde habla de todo lo actuado en el caso de Chile con "candoroso cinismo".⁹ Allí también relata las conversaciones febriles de aquellos días, cuando se propuso que la economía chilena debía ser exprimida "hasta que gritase" y se hablaba de que era necesario "evaluar a sangre fría la posibilidad y probabilidad de un golpe militar" en Chile.

También se menciona como un documento básico de la conspiración el "Confidencial 747" dirigido al secretario de Estado de Nixon, William Rogers: "Chile votó con toda tranquilidad tener un Estado marxista-leninista. Es la primera nación en el mundo que hace esta elección libremente y a conciencia. El doctor Salvador Allende confirmó la sabiduría de la política soviética en América Latina criticando la táctica revolucionaria de su modelo, Fidel Castro, al llegar al poder por vía electoral (...) No hay ningún motivo para pensar que las fuerzas armadas chilenas puedan desarrollar una guerra civil o que algún otro milagro vuelva atrás el triunfo (...) Más allá de que hayamos sufrido una amarga derrota, las consecuencias serán internas e internacionales. Las repercusiones tendrán un impacto inmediato en algunas regiones y en otras el efecto será retardado".¹⁰

Que se considerara un milagro la posibilidad de un golpe militar habla a las claras de cómo pensaba actuar Washington. Después de convencerse de que no se podía actuar antes de la toma de posesión, la campaña se dirigió directamente al derrocamiento de Allende, actuando en todos los terrenos.

Para evaluar cómo se puede destruir económicamente las posibilidades de un país, de un Estado, es importante advertir que Chile no estaba quebrado. El embajador Korry envió su segundo informe después de que Allende ya estaba en el gobierno y dijo que "Chile está en su mejor momento. Posee 500 millones de moneda fuerte, más que los Estados Unidos per cápita. A partir del año próximo será el segundo productor más grande de cobre en el mundo, superando a la Unión Soviética, gracias a las enormes inversiones de las compañías norteamericanas (...) lamentablemente es

Estados Unidos el que tendrá que apurar el paso. Mañana informaremos sobre las medidas que estamos tomando para enfrentar la nueva era. El liderazgo depende de, y me permito usar términos españoles, cabeza, corazón y cojones. En Chile contaron con la cháchara y la charlatanería".¹¹

La intervención fue de tal magnitud que la palabra "desestabilización" comenzó a circular ampliamente "cuando el antiguo director de la CIA, William Colby, la utilizó para describir lo que la CIA había hecho en Chile. Desestabilización significa que se ha encontrado primeramente la masilla que mantiene a una sociedad y se utiliza después ese conocimiento para desmoronar a esa sociedad".¹²

La operación contra Chile ha sido también básica para analizar la importancia de la manipulación de los medios de comunicación para fines de desestabilización y guerra. Fred Landis, sociólogo de Estados Unidos, analizó la acción de la CIA sobre los medios, después de realizar su tesis sobre lo actuado en Chile. En 1974 "el Comité de Inteligencia del Senado norteamericano (Senate Intelligence Committee) escogió a Chile para un estudio sobre operaciones secretas de la CIA. De esta forma, por primera vez, un gobierno norteamericano le daba carácter oficial a un informe sobre actividades secretas de la CIA".¹³

De Schneider a Prats

El 22 de octubre, dos días antes de que el Congreso confirmara a Allende como presidente, fue herido gravemente el Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, general René Schneider, un constitucionalista acérrimo. Los criminales lo esperaron cerca de su casa, interceptaron su automóvil y lo balearon a mansalva. El 25 de octubre el general murió. Se inauguraba una saga de crímenes en la ideologizada carrera estadounidense para quebrar la opción democrática en Chile. En este crimen, Estados Unidos tuvo el rol decisivo. Desde Washington, Kissinger había dado órdenes precisas —como surge de la amplia documentación— para que se ordenara actuar al general Roberto Viaux Marambio. La intención era impedir por la fuerza la asunción de Allende, es decir que el Congreso confirmara su triunfo electoral. "Es imperativo que estas acciones se implementen clandestinamente y con seguridad, de manera que la mano norteamericana y la de su gobierno permanezcan bien ocultas. Mientras tanto esto nos impone un alto grado de selectividad para establecer contactos militares, y obliga a que esos contactos se hagan de manera más segura (...)", decía un mensaje de Helms, del día 16 de octubre de 1970. Era un anticipo muy claro de la conspiración que vendría.

Sin embargo, el general Viaux Marambio fue señalado como el

hombre que encabezaba el complot. Hubo una acción rápida que sacó de escena a uno de los generales más confiables para Washington, ya que fue detenido.

Kissinger no dudó de la responsabilidad de Viaux Marambio en el asesinato de Schneider. Dice en sus Memorias: "Entonces, el 22 de octubre, el grupo Viaux, al cual explícitamente se le había dicho que desistiera, por medio de la CIA, el 17 de octubre, prosiguió por su cuenta, desafiando a la CIA y sin nuestro conocimiento trataron de secuestrar al general Schneider y estropearon todo. Schneider sacó su pistola en defensa propia y fue herido mortalmente".

Pero toda la documentación anterior muestra la falsedad de este intento de Kissinger de desvincularse del crimen, porque los hechos señalan que Washington había potenciado previamente al general Viaux Marambio, como la cabeza de la conspiración interna.

Esta acción es muy importante para seguir el camino de los Cóndores ya que actuó aquí Enrique Lautaro Arancibia Clavel, que fue uno de los personajes claves en la ronda del crimen, y también agente especial de la DINA, que fue la creación máxima de Augusto Pinochet después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Entre la documentación citada por Zona de Clarín, figura "El documento de opciones sobre Chile", elaborado por Theodore L. Elliot, jr., del Consejo de Seguridad Nacional (NSC). Es una larga enumeración de los peligros que entrañaba el gobierno de Allende donde se llegaba a decir que "es posible que Chile se convierta en refugio de subversivos latinoamericanos y en escenario para movimientos subversivos en otros países".

Proponía diversas opciones entre ellas la C, que destaca el analista de Clarín y que se resume en: "Mantener una postura aparentemente correcta, pero dejar en claro nuestra oposición al surgimiento de un gobierno comunista en Sudamérica; actuar en favor de mantener la iniciativa en la relación cara a cara con el gobierno de Allende. Esta opción se plantearía en la convicción de que un *modus vivendi* satisfactorio es en última instancia imposible; que las confrontaciones son, tarde o temprano, inevitables, (...) que lo más importante es que trabajemos para mantener la iniciativa en tanto le negamos flexibilidad a Allende (...)".

Pero la línea fina de la opción C es el símbolo de la asfixia contra el gobierno chileno: "(...) no brindar apoyo a la renegociación de la deuda chilena. Vetar los pedidos chilenos de préstamos ante el Banco Internacional de Reaseguro y Fomento (Banco Mundial ahora), el BID y el Eximbank, debido a las expropiaciones y políticas económicas. Desaconsejar la inversión norteamericana, de terceros países y multilateral privada con Chile. Acogerse tan pronto como corresponda a las provisiones de la ley de

Asistencia extranjera para (...) negar asistencia al país dominado por un movimiento comunista internacional (...) negar asistencia económica a los países que comercien con Cuba o Vietnam del Norte (...) si se hace evidente la hostilidad norteamericana, desalentar el turismo y los viajes a Chile (...) si Chile comenzara el tráfico comercial aéreo con Cuba, no brindar asistencia a las Aerolíneas chilenas, ni nuevos equipos, ni rutas".¹⁴ Más adelante figuran los castigos propuestos en caso de un comercio con Cuba y la Unión Soviética, y en especial ya habla del ámbito militar sugiriendo "aumentar significativamente la cooperación en seguridad con otros países sudamericanos, ofrecer a la Argentina la venta de F4 (aviones de guerra) en términos favorables, proporcionar material selectivo del plan de ayuda militar (MAP) a la Argentina y Brasil, brindar apoyo a Argentina en su reclamo sobre el Canal de Beagle (esto si estaba Allende, pero con Pinochet la situación cambiaría, lo que demuestra cómo se usan los conflictos entre países de acuerdo con los intereses estadounidenses).¹⁵

También se cita la necesidad de aumentar la asistencia a Uruguay y Paraguay para seguridad interior y posiblemente Bolivia en base a la idea de "sufrir una exportación subversiva chilena".

Otro documento clave es el que ratificó que la CIA creó una "fuerza de tarea chilena", dentro de su misión específica entre el 15 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970. Los nombres de sus conductores han sido cuidadosamente tachados. Una *fuerza de tarea* es un equipo de trabajo de desestabilización militar de actuación también militar o encubierta. Se formó una Comisión simultáneamente en Santiago de Chile y Buenos Aires, Argentina, para manejar el delicado tráfico de cables para la fuerza de tarea.

"En Santiago, su único contacto norteamericano era un oficial de la CIA que había residido en Santiago (tachado) y allí establecieron contactos con los intermediarios chilenos en promover un golpe militar. A raíz de un arreglo especial (y único) solicitado por la CIA, el agregado militar de los Estados Unidos en Santiago se puso bajo la dirección operativa del jefe del centro de la CIA, allí. Su asistencia y contactos con militares chilenos fueron inestimables en este programa."¹⁶

Este aparato serviría luego para el intercambio de mensajes a partir de las comunicaciones establecidas por la DINA y servicios de informaciones argentinos, como veremos más adelante.

El involucramiento estadounidense hizo decir a Gore Vidal en una reciente entrevista con la revista griega *News Perspective* al hablar sobre la detención de Pinochet en Londres que "Pinochet va a cantar si lo procesan. Y si lo hace, tengo la esperanza de que Henry Kissinger sea

detenido y enjuiciado por lo que hizo con Chile y con Camboya. Creo que Kissinger es el más grande criminal de guerra libre en el planeta".¹⁷

Debería agregarse el nombre de George Bush y de otros "halcones" estadounidenses, cuya complicidad en el crimen latinoamericano surge abiertamente en la Operación Cóndor y en otras acciones en la región.

El jefe militar asesinado en Chile para evitar la asunción de Allende, lo que fracasó, fue reemplazado por el general Carlos Prats, quien impulsó la llamada Doctrina Schneider, que básicamente se sustentaba en la subordinación militar al poder civil y la necesidad de que los militares colaboraran en las transformaciones económicas que estaban comenzando. En ese mismo momento, este militar honesto también estaba firmando su sentencia de muerte. La CIA lo tenía en su lista y Prats fue una de las primeras víctimas de lo que luego fue la Operación Cóndor.

En 1972 Allende lo nombró ministro del Interior y en agosto de 1973 pasó a ocupar el cargo de ministro de Defensa como un hombre de extrema confianza del presidente. Pero ya muchos de los generales que rodeaban a Prats conspiraban en las sombras, alentados por los funcionarios de la Embajada de Estados Unidos en Chile. La campaña de prensa contra Prats, que era para los estadounidenses el "obstáculo principal" hacia las acciones civiles y militares que preparaban contra Allende, fue feroz en todo ese periodo de conspiración. En junio de 1973 hubo un intento de asesinato contra el general. Y en ese mismo mes Prats encabezó la resistencia a una división de tanques blindados que se levantó cercando el palacio presidencial. La campaña de prensa entonces no tuvo límites. Lo denostaron, injuriaron, inventaron casos de corrupción —que después se comprobó eran falsos— porque la meta era lograr que el general Augusto Pinochet llegara a ocupar el cargo de comandante en jefe, que por sucesión le correspondía.

Poco se ha hablado de esta historia, pero las arañas tejían su red y cuando Prats fue obligado a renunciar, la CIA ya tenía a su hombre en el lugar preciso: Pinochet asumió el mando. En el diario que el general Carlos Prats escribió desde el 1º de febrero de 1973, hasta poco tiempo antes de su asesinato en Argentina, revela cómo se fue produciendo el proceso de descomposición de las Fuerzas Armadas y detalles de la conspiración ordenada y diseñada desde Washington para derrocar a Allende. También allí menciona la falta de cohesión de alguna izquierda para entender el momento, sus divisiones, y por otra parte desnuda la acción de los grupos civiles de ultraderecha, que trabajaron codo a codo con los agentes de Estados Unidos para forjar el proceso dictatorial. En mayo de 1973, advertía Prats lo que estaba sucediendo dentro del Ejército: "Con José Toha (ministro de Allende) hemos conversado de esto y de los informes que al

respecto entregan los servicios correspondientes. Toha afirma que el gobierno ya sabe que en bancos de Estados Unidos se han abierto cuentas en dólares a nombre de oficiales de las Fuerzas Armadas de Chile. Los oficiales chilenos siempre se han distinguido por su débil formación política y muchos de ellos, incluso generales, son presas fáciles de los halagos y se dejan envolver fácilmente".¹⁸ Allí se advierte la preocupación de Prats por mantener unidas a las Fuerzas Armadas, pero obedientes a la Constitución. Menciona también a la poderosa compañía estadounidense ITT cuya intervención en el golpe de Chile, fue fundamental. Prats señala claramente hacia la CIA, que junto con la ultraderecha chilena, avanzaban en su plan de desestabilización.

En un párrafo de su diario que corresponde al 22 de febrero de 1973, escribe que ya las radios y medios de la derecha y del Partido Nacional han abandonado todo lenguaje de halagos hacia su persona: "Se me ataca como jamás se atacó en este siglo a un jefe militar chileno en servicio activo". El 3 de abril de 1973 escribe que comienzan a aparecer en las paredes letreros amenazantes, entre ellos sobre "Djakarta", recordando la masacre de comunistas en Indonesia y también otra palabra "SACO", incomprensible entonces.

En sus anotaciones del 7 de abril habla ya de que SACO es la sigla de Sistema de Acciones Civiles Organizadas, por medio del cual se dan instrucciones que son la mejor revelación sobre la guerra contra el gobierno de la Unidad Popular: "1) Ocultar el 20 por ciento como mínimo de la producción. 2) Crear depósitos de piezas de repuesto en galpones y subterráneos fuera de las empresas y disminuir al mínimo la producción. 3) Distribuir la producción de las fábricas y los alimentos, especialmente los que escasean, únicamente a través de los intermediarios de SACO. En caso de que el gobierno tome represalias, los empresarios deben entregar al sector social artículos de la más baja calidad y sólo en cantidades mínimas. A los dueños de empresas se les recomienda también despedir con cualquier pretexto a obreros y empleados que simpaticen con el gobierno de la Unidad Popular, o al menos hacer la lista de ellos para tenerlos a mano. A la vez los autores del plan SACO aconsejan a los patrones conceder pequeños beneficios a los trabajadores que no son de UP".

En cuanto al campo, se dan las siguientes instrucciones: "1) Responder a las preguntas de los cuestionarios de SACO e informar a sus activistas. 2) Destinar a la producción pequeñas parcelas de las tierras más fértiles tratando de evitar su control por los organismos del gobierno. 3) Entregar datos falsos sobre los rendimientos de los cultivos a las Cooperativas Agrícolas controladas por la Unidad Popular. 4) Crear células de autodefensa con sistema propio de información. 5) Llevar las listas de todos

los activistas de la Unidad Popular, especialmente de los comunistas y socialistas y tenerlos bajo control y observación".¹⁹

También cita Prats que se recomendaba a los comerciantes no vender nada a los partidarios de UP, o en último caso "suministrarles artículos de mala calidad y en cantidades mínimas", así como desinformar sobre los lugares donde se venderán ciertos artículos. A su vez Patria y Libertad ordenaba a su gente entregar listas de las personas que debían abastecer y además copiar datos sobre todas las empresas; y ya se evaluaban entonces las posibilidades de interrumpir el suministro de energía eléctrica. Hay otros planes de la llamada guerra psicológica.²⁰

El diario refleja más adelante las angustias de Prats ante los intentos de golpe, la existencia de conspiraciones cada vez más fuertes, y la impotencia que siente el 26 de julio de 1973 frente a otra huelga de los camioneros. "Vilarín (sindicalista) es para mí un simple agente del extranjero, intermediario encargado de distribuir los dineros norteamericanos entre los camioneros (...) ahora la disyuntiva es clara: o la CIA o la ITT o Chile. O la patria o los golpistas".

El diario del general Prats es quizás una de las expresiones más dramáticas y sinceras de aquellos días. El 21 de agosto relata la manifestación de esposas de generales ante su casa y ya advierte que institucionalmente será difícil mantener la unidad de las Fuerzas Armadas. Pero también más adelante refleja cómo va caminando Pinochet a tomar su lugar. El 23 de agosto Prats acosado, renuncia. "Mi carrera ha terminado. Sin sobrevalorar mi papel, creo que mi salida es la antesala del golpe de Estado, la gran traición", escribe. No se equivocaba.

El 11 de septiembre de 1973 la decisión de Nixon, Kissinger y Helms se cumplió ampliamente: el general Augusto Pinochet encabezó el golpe militar e instaló la dictadura más cruel que conoció ese país. El crimen era el signo y para eso habían trabajado los agentes de Washington, los militares y civiles, los mismos que entregaron las listas para ubicar a las víctimas. Pero Pinochet fue más lejos. Allí levantó el vuelo el Cóndor.

Notas

1. Sergio Kiernan, *Página 12*, Buenos Aires, 20 de septiembre de 1998, pág. 21.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*
4. Valentín Mahskin, *Operación Cóndor, su rastro sangriento*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1985, pág. 26.
5. Ana Barón y otros, "Los papeles secretos del golpe de 1973 en Chile", *Clarín*, 15 de noviembre de 1998, Buenos Aires, pág. 34.